

El efecto tiene el "sabor" de la causa ¿un "vestigio" de Dios en la naturaleza misma del hombre?

por S. M. Rodríguez Amenábar (Buenos Aires)

Cuando la Filosofía pretende demostrar apodícticamente la existencia de Dios está aprisionando en coordenadas intelectuales una realidad que no puede ser *representada* por *imágenes* que respondan al ser verdadero de Dios. Por eso la existencia de Dios no puede ser catalogada de i-rracional o de a-rracional, aunque bien correspondería usar otra denominación: dado que la realidad de Dios no puede ser encerrada dentro de una imagen fidedigna, pero sin embargo puede ser afirmada por un juicio de existencia, correspondería utilizar los términos de "trans-razonable" o "trans-racional". Se puede señalar así un tipo de conocimiento que lejos de rechazar la vía racional, más bien agrega algunas modalidades cognitivas. Esto permite que la personalidad, en cuanto *total* y no sólo razonante, pueda aproximarse y alcanzar un conocimiento del objeto conocido, de manera más abarcante y, por así decir, "sabrosa".

Por lo demás, conviene no perder de vista, como tantas veces aseveran los documentos de la Iglesia, que "el razonamiento puede probar con certeza la existencia de Dios" (cfr. "La Fe de la Iglesia Católica", J. Collantes, BAC, 1986). Admitir entonces la existencia de Dios como una realidad en sí misma separada de nuestro psiquismo y sus necesidades es admitir la posibilidad que el hombre tiene de "captar" dicha existencia. Pero no por eso se puede afirmar que sea posible tener *representación* verdadera de su ser real. Entendemos por "representación" el contenido concreto de un pensamiento a la manera de una escena imaginaria que realiza un deseo inconsciente bajo forma de imagen (fantasía).

¿Pero en qué sentido Dios es i-representable? Primero en cuanto en su naturaleza hay algo que se opone a la representabilidad, dado que el Ser Trascendente Último no puede ser "contenido" por ninguna forma sensible. A lo cual se agrega el hecho de que lo no figurable no puede constituirse en contenido concreto de una imagen.

Por otra parte, formar la imagen de algo o de alguien equivale a reconocerlo, dándole un nombre que es al menos implícitamente *pronunciado* en el hecho mismo de hacer su figura. Pero el hecho de dar nombre -nominar- es una manera de adquirir dominio sobre lo que se

representa o se nombra, cosa imposible de realizar con un Dios que no puede ser sometido a dominio alguno.

La palabra humana no puede entonces "pronunciar" la esencia de Dios. Eso sería un intento fallido de representar lo irrepresentable. Pero hay una Palabra-Verbo que es Dios pronunciándose a sí mismo y que al encarnarse se hace susceptible de ser representada. Es un misterio vigente desde toda la eternidad, que se revela al hombre explícitamente, desde el Génesis. Nos preguntamos pues si por el designio creación-redención el hombre es capaz de tener noticia de Dios tan sólo por obra de un oscuro deseo fundante y con la ayuda de la percepción orientadora de alguna imagen vicariante de Dios, o si hay un "plus": para que el hombre pueda *captar* a Dios ¿hay en él un rastro, un vestigio de la acción del Creador, impreso en su naturaleza?

De ser así, todo hombre vendría a la vida con cierto rastro o sello, que por definición sería inconsciente, y que obraría a la manera de "memoria de la especie". Este elemento filogenético estaría integrado en lo ontogenético, guardando una prioridad lógica dentro de una simultaneidad ontológica. Se comportaría pues como una realidad cualitativa, con su propia dinámica, aunque formando parte de un todo *natural*: no olvidemos que la naturaleza es el principio del operar del individuo, lo cual marca sus posibilidades y sus límites.

"El rastro" del Creador en lo creado

El estudio científico de los sueños -que el psicoanálisis ha llevado más allá de la frontera entre lo consciente y lo inconsciente ha hecho posible llegar a una dimensión de la personalidad que se presenta como inalcanzable por vía directa. No sólo porque el contenido del sueño mira hacia aspectos de la infancia irrecuperables por vía de conocimiento consciente y deliberado, sino porque muchos de tales contenidos aluden a fantasías típicas de todo ser humano las cuales están inscriptas en la misma naturaleza del hombre. Hay pues datos previos a todo desarrollo individual, que hacen pensar en lo filogenético, mucho más que en lo psíquicamente innato.

Esto significa que existe "algo" en la naturaleza humana, anterior a toda experiencia evaluable desde la clínica y que permanece inconsciente. Desconocido en su misma esencia, remite a una dinámica que de hecho sólo actúa en situación somatopsíquica, aunque su modalidad de acción es también intangible.

Nos preguntamos de dónde ha salido ese dato ancestral, ya que por definición -y hasta por sentido común- sabemos que no se pudo hacer a sí mismo de la nada como si fuera un auto-engendrarse. Y lo

primero que sugiere esta búsqueda pasa por la aplicación de un viejo axioma recogido de la filosofía desde épocas muy remotas: "*effectus sapit naturam causae*".

La traducción corriente dice que el efecto tiene el sabor de la naturaleza de la causa. Pero tal vez puedan hacerse algunas acotaciones algo más puntuales. *Sapit*, del verbo *sapere*, pertenece a la misma familia que los vocablos griegos *orós* (jugo), *saphés* (manifiesto) y *sophós* (sabio). Desde el punto de vista atributivo la expresión "*sapit*" se traduce como "tener sabor", "ser inteligente, sabio o sensato", "tener el gusto de". Desde el punto de vista activo es "reconocer por el pensamiento". *Sapor* (gusto, sabor) y *saporatus* (sabroso, sazonado) están en la misma línea de significaciones. Podemos ensayar entonces una traducción tan amplia como libre: el efecto reconoce sabrosamente el sabor de la naturaleza de la causa que lo ha producido y que ha dejado en él ese gusto que remite sabiamente al ser mismo del causante.

Hay pues un *vestigio* o *rastro* de la causa que está formando parte de la naturaleza misma del efecto. Sobre esta base podemos deducir una cuestión fundamental: la naturaleza del ser humano tiene incorporada inevitablemente el rastro de Aquel que la creó. La negación de un vestigio del Creador en la naturaleza humana sería una fantasía narcisista de auto-engendrarse, algo así como un fantasma omnipotente y megalómano, una suerte de ilusión de "self-made-man" psicológico, en el mejor estilo de un empecinamiento narcisista. Si esto se proyecta en una perspectiva evolucionista la fantasía de auto-engendramiento se extiende a la totalidad del cosmos.

Ese "vestigio" puede ser visto analógicamente como una especie de Superyo ancestral, de carácter pre-individual y originario, capaz de influir en la organización de la personalidad. Ello es así porque en cuanto procedente del Creador posee la capacidad de dinamizar la personalidad en orden a sucesivas mutaciones que permiten más y más una conducta religiosa cuya culminación estaría en el proceso de "conversión", de compromiso personal con Dios o simplemente de descubrimiento de una presencia de lo divino en las coordenadas en que se mueve el hombre.

De todos modos, antes de entrar en la dinámica reconocida y aceptada como religiosa, el individuo en desarrollo pasa primero por una tensión de trascendencia que lleva al descubrimiento de la moral y de lo estético, al menos como tendencias de reacción ante la realidad. Esto se debe a que lo religioso *en cuanto* proceso conductual conscientemente reconocido como expresión religiosa, surge en relación de respuesta por contacto con el ambiente, al integrarse lo pre-arcaico (el rastro), lo arcaico que ha quedado inconsciente (fantasías infantiles) y lo que

conscientemente capta el sujeto a partir del mensaje explícita o implícitamente religioso.

El "rastros" como exigencia positiva

Hemos dicho que el vestigio de la creación hominizante -que bien podemos denominar transgeneracional o ultra generacional- no puede ser objeto de percepción: su existencia se intuye o se deduce. Freud plantea algo análogo, *pero nada más que análogo*, a lo que aquí queremos dilucidar, cuando habla de "fantasmas originarios" o "protofantasías". Para ello utiliza el término *Urphantasiën*.

La partícula *ur* designa un comienzo, en un sentido muy cercano a lo originario, como así también al griego *arkhé*. Las palabras "originario", "origen", "original" derivan del latín *oriri* (comenzar, nacer), que a su vez viene del griego *órnymi* (suscitar, levantar, disponerse a, comenzar) y éste de *orino* (excitar, levantar, poner en movimiento). Todo esto puede ser aplicado al discernimiento del rastro o vestigio, que se configura entonces como lo que suscita o hace nacer algo, lo que tiene la disposición de poner en movimiento. Y por ser originario (*en arkhé*) preexiste a cualquier eventual proceso psíquico.

Podemos decir pues que se da a la manera de una *quasi* estructura que entra en la organización estructural de la personalidad, verdadero patrimonio natural que apunta a la completud psicobiológica del individuo. Su dinámica se integra en el proceso de inculturación en el que está sumergido todo ser humano desde la *arkhé* de su propia historia, que es historia dentro de una historia más amplia, es decir, desde la concepción individual en el tiempo y en el espacio. Aquí se coaligan lo étnico, lo familiar, lo grupal, lo religioso, etc. para dar al sujeto su identidad personal.

Si hablamos de una *quasi* estructura conviene aclarar que no se asimila a los arquetipos de Jung, ni a las fantasías de Freud, ni a la simple transmisión cultural de un mito. Estas explicaciones no alcanzan. Hace falta algo más. Se trata de una "exigencia" en el sentido que los teólogos le dan a esta expresión cuando hablan de la teoría de la evolución: la hominización (el tránsito evolutivo del ser que deviene "humano") supone que el Creador ha puesto una dinámica exigencial en orden al ser del hombre. Por eso se habla de una "exigencia positiva", sin la cual la sola materia no se hubiera bastado a sí misma para ese devenir.

Estamos pues ante algo que está inserto en la naturaleza misma en cuanto principio operativo común a todo hombre. Por eso hablamos de *quasi*-estructura, un núcleo originario que tiene un rol activo en la

organización del psiquismo, y que está situado más allá de los límites de toda percepción. De ahí que sea im-pensable en cuanto imagen, aunque pensable por vía intelectual o a partir de una intuición.

A este núcleo, rastro o vestigio, lo consideramos como parte de la filogenésis, a la manera de un sedimento de la creación, y como tal, es previo a la ontogénesis, pero con la aclaración de que en cada uno su acción comienza sólo cuando a partir de la concepción se desencadena la ontogénesis por vía parental.

El "rastros" como originario y originante

Hemos dicho que el rastro o vestigio de la acción creadora es inconsciente y por lo tanto escapa a las posibilidades cognoscitivas del sujeto percibiente. Más aún, por sus mismas características es imposible a trazos perceptibles. Si queremos expresar esto mismo en términos más cercanos a la captación psicológica, podemos decir *metafóricamente* que se trata del investimento inconsciente del cuerpo hominizado, aunque esto no pasa de ser una analogía ya que estamos ante una situación que es previa a toda inscripción en el psiquismo.

Por lo mismo, el vestigio del Creador-*causa* es también anterior a toda sublimación que pudiera llevar a permitir el encuentro o la búsqueda del Ser Trascendente. Podríamos decir -por sola vía de *hipótesis*- que la sublimación permite liberar operativamente la dinámica del vestigio, el cual *en sí mismo* sigue siendo inconsciente y por tanto no perceptible. Esto modificaría radicalmente la explicación que da Freud acerca del proceso de sublimar.

El rastro encierra entonces un carácter paradójico. Por ser el resultado de la causalidad de Dios con respecto a la naturaleza del hombre, es como si fuera un sello que lo representa. Pero al mismo tiempo por ser Dios perceptiblemente inalcanzable, es no-representativo, a lo cual se agrega el hecho de que ni siquiera representa deseo ni pulsión alguna. Por lo demás, no existe en el hombre una pulsión específica para lo religioso, y mucho menos un "instinto" religioso, ya que en el hombre no hay instintos *puros*, cosa que ya afirmaba Santo Tomás, con quien coincide en esto el psicoanálisis.

Si hasta aquí sólo hemos podido hacer una aproximación por vía de analogía, mucho más nos hemos de limitar a ella cuando tratamos de mirar las cosas desde un enfoque que utilice lo psicológico como plataforma de lanzamiento. En tal sentido la representatividad atribuible al vestigio podría mirarse comparativamente con las llamadas fantasías originarias. Estas consisten en estructuras fantasmáticas inherentes a la naturaleza como "un patrimonio transmitido filogenéticamente" (La-

planche-Portalis) que actúan organizando la trama de las fantasías.

En tal sentido el rastro de la acción creadora de Dios que queda integrado en la naturaleza humana sería como una quasi-estructura (como ya dijimos) surgida de un proceso (creativo) real pero que está fuera del alcance de la percepción y es previa al funcionamiento del psiquismo. Decimos que es *lógicamente* previa ya que en lo concreto existe una unidad total imposible de ser separada en unidades más simples. Esta totalidad reúne estructura, psiquis y soma en una dinámica de conjunto, sin límites cabales, al modo de un todo en que se lleva a cabo una verdadera integración.

La representación no re-representativa que aquí se configura no tiene posibilidad alguna de entrar en una estricta asociación que la reúna con otras representaciones guiadas por el deseo inconsciente y por la pulsión. Por eso no puede ser adscripta a una realización del deseo. Es más bien un antecedente inédito e irreproducible que se parece más a una suerte de paraíso pre-materno, del cual el posterior vínculo paradisiaco con la madre podría constituir una casi continuidad. En la misma línea de pensamiento el arrobamiento místico sería la eclosión del vestigio: este arrobamiento constituiría entonces la existencialidad concreta de un germen de representatividad (¿simbólica?) que permitiría dos cosas: por una parte, la regresión no neurótica ni psicótica puesta al servicio del reencuentro con el paraíso pre-materno; y por otra, la formación posterior de representaciones vicariantes de Dios a medida que la inculturación fuera aportando elementos a la construcción de la religiosidad personal.

El encuentro con Dios supone pues la puesta en acto de algo que ya estaba presente pero que todavía no estaba en conexión con los estratos conscientes de la personalidad. El rastro dejado por la acción creadora es aún más primigenio que lo pregenital, más primario, originario y originante, al modo de un pre-narcisismo fundante de una autoestima que funciona en otra dimensión motivadora de carácter pre-psíquico. Desde este punto de vista es algo así como una muestra gratis del encuentro final con el Ser Trascendente, cuando Dios mismo se constituya en el verdadero aval de la autoestima haciendo innecesaria la permanencia -por sana que fuere- de cualquier continuidad narcisista.

Esta última afirmación permitiría suponer que el Bautismo sacramental vendría a realizar la "sacralización" (¿o una cierta representación?) del vestigio del Creador. De ahí que el pecado en cuanto generador de culpa *psicológica* pueda remover las huellas inconscientes referidas al perdido paraíso del vínculo primario con la madre, lo cual funcionaría a modo de desplazamiento de la frustración infligida a la dinámica del rastro.

El desarrollo ulterior de la personalidad permite formar una representación fantaseada de Dios, que si bien para el sujeto es representativa, sin embargo no deja de ser vicariante, como toda representación. Ya no se trata del rastro universalmente grabado en la naturaleza del hombre sino de una representación personal que arrastra las circunstancias del todo individual. Es posterior al comienzo de la dinámica del psiquismo, tiene carácter consciente y se inscribe en el psiquismo como escena que condensa pulsiones deseos inconscientes, afectos, imágenes, etc. Para que esto se dé tiene que actuar sobre el sujeto la influencia de la cultura.

Entendemos por "cultura" el conjunto sistematizado de valores correspondientes al ambiente con el que uno está comunicado, lo cual genera las percepciones a ellos ligadas y promueve determinadas técnicas de asecuración de esos mismos valores. En orden a formar la representación representativa de Dios, la motivación más importante proviene de los valores religiosos, aunque no excluye otro tipo de valores ni los eventuales conflictos de cada personalidad.

Dentro de los valores religiosos la transmisión del Evangelio ocupa un lugar primordial. Pero de una manera más general, o menos específicamente evangélica, la cultura puede proponer a Dios como existente, y aun captable en cuanto tal, por más que su esencia íntima quede fuera de dicha captación. Sin embargo, previamente a la propuesta de Dios como objeto con el cual establecer alguna modalidad vincular, el rastro ya actúa. Por ello podemos decir que todo hombre tiene un deseo de trascendencia, es decir, una inclinación natural. Pero ubicarlo a Dios como objeto real de dicha tendencia supone ya la propuesta cultural. Entretanto la representación no-representativa (el vestigio o rastro) permanecería sin conexión con representaciones representativas hasta que la mencionada propuesta cultural estableciera la ligadura presentando a Dios como objeto religioso cabal. Sin embargo, también puede suceder que aparezcan sustitutos desviados (magia, sectas, fanatismos de diversa índole, etc.) según la patología individual o grupal.

La "formación" religiosa por su parte, opera como descorriendo un velo para que este aspecto no-perceptible de la memoria de la especie se conecte con imágenes conscientes que remitan a la realidad de Dios. Con ello el individuo (y el Yo como instancia psíquica) quedaría enriquecido por la acción efectiva de ese vínculo interior que reúne lo conocido con lo desconocido que ya se poseía aun sin saberlo. En esta confluencia podría situarse lo que Freud dice acerca de la mística: "la oscura percepción de sí, del reino que está fuera del Yo, del Ello". Este reino no abaricable en puros términos de psiquismo (Yo, Ello) tiene todo el sabor de lo que reconocemos como dimensión espiritual.

Podemos ver aquí al vestigio mismo actuando en lo psicobiológico como base de la ley natural, la cual permite que el hombre pueda confrontar inconscientemente -en paso (lógicamente) previo a toda reflexión- la posibilidad del bien y la posibilidad del mal, de una manera espontánea y tan intuitiva como lo es, por ejemplo, la captación de que la parte es menor que el todo. Algunos filósofos han llamado a este proceso "intuición abstractiva". Para el caso, el núcleo último de la ley natural -hay que hacer el bien y evitar el mal- tendría su más primitivo punto de apoyo en la representación no-representativa del rastro creador impreso en la naturaleza del hombre.

Esto mismo podría aplicarse, también por vía de hipótesis, al llamado "pecado original". Por ser pecado contradice la ley natural, lo que equivale a decir que contradice, niega o pretende inutilizar la dinámica del rastro. Y es original porque integrado en la naturaleza misma del hombre, su base es previa a toda información biológica, psíquica y cultural.

Imagen y semejanza

El problema de la imagen está planteado desde ya en los albores de la creación en esa misteriosa frase que presenta a Dios creando al hombre a su "imagen y semejanza". La explicación más corriente a través de las enseñanzas catequísticas, y aun de las teológicas, ha sido de un neto corte espiritualista que no logra obviar cierta disociación de fondo: nos "asemejamos" a la imagen de Dios, se dice, porque somos seres inteligentes, capaces de actos libres y dotados para el amor. Pero esta explicación no pasa de ser todavía parcial.

En efecto, la configuración de la imagen y semejanza abarca al hombre como ser total, es decir, no sólo como ser espiritual sino también como carne, aunque no crudamente tal, sino como carne *hominizada* por el hálito de vida humana impreso por el Creador. El ser humano es un espíritu que se presenta existencialmente como encarnado, es una presencia corporalizada. Y ese *cuero* adquiere un sentido que sin exageración podemos catalogar de teológico, a partir de la relación existente entre el hecho de la hominización y la promesa de la *encarnación* del Verbo.

La semejanza con Dios es así posibilidad, destino y promesa únicamente por identificación con el Verbo encarnado. San Pablo lo expresa con una contundente claridad cuando les dice a los de Roma que "a los que de *antemano* conoció (*proéugno*) también los *predestinó* (*pro-orizein*: delimitar, determinar, establecer, fijar) a *reproducir* (*morphóo*: dar forma, representar) la imagen de su Hijo" (8,29).

Dios se pronuncia a sí mismo y se hace carne hominizada para que podamos tener en ella una representación representativa, bien que vicariante, de la intimidad de Dios. Por eso la imagen y semejanza como sello que inaugura la hominización, sólo se completa *psíquicamente* por la identificación con el Verbo hecho carne que habitó entre nosotros y nos permitió ver su gloria como la del Unigénito del Padre, del cual es la imagen fiel. Este Hijo, "por quien también hizo (Dios) los mundos (es) resplandor de su gloria e impronta de su esencia" (Heb. 1,2-3). El texto griego dice: *kharactér tês hypostáseos autoû*, empleando el vocablo *kharactér* -del verbo *kharásson*: marcar, grabar- que tiene el significado de "señal grabada", "nota distintiva".

Por otra parte, si la imposibilidad de representarse la intimidad de Dios constituye para el hombre una verdadera herida narcisista (que algunos intentan superar por la vía fácil adhiriendo al ateísmo), la identificación con el Hijo hecho hombre opera al modo de cicatrización progresiva. Casi podría decirse que se trata de un adelanto de lo que será el encuentro final cara a cara con el Trascendente Último, cosa que en este mundo tan sólo se da en grado de tentativa.

Pero entretanto está claramente trazado el camino: para constituirse realmente en imagen y semejanza es menester llevar grabada la señal distintiva, que no es otra cosa que la otra cara de la impronta. Así como el Hijo es impronta de la esencia del Padre, así nosotros somos imagen y semejanza cuando llevamos la impronta del Hijo que sella en nosotros la instancia de la filiación ofrecida por el Padre.